El camino que debemos tomar

UNA GUÍA VALIOSA PARA TU TRAVESÍA POR LA VIDA

Francis Chan

Bill Hybels

Eugene Peterson

Gordon MacDonald

www.EditorialNivelUno.com
Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13, NVI

Edición en español © 2018 Editorial Nivel Uno, una división de Grupo Nivel Uno, Inc.

Publicado por:

Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, Fl 33331
www.editorialniveluno.com

Publicado en inglés bajo el título:
THE ROAD WE MUST TRAVEL
Published by Worthy Publishing
One Franklin Park, 6100 Tower Circle, Suite 210
Franklin, TN 37067
with the title The Road We Must Travel by
Francis Chan, Eugene Peterson, and Bill Hybels, copyright © 2014

ISBN: 978-1-941538-44-9

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*
Diseño interior y portada: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Bíblica, Inc.©

Impreso en USA

18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2

CONTENIDO

Introducción.....7

PRIMERA PARTE:
LISTO PARA VIAJAR

1. Necesidad de una autoevaluación sincera.
Gordon MacDonald.....13
2. Primero, mírate tú mismo.
Bill Hybels.....25
3. Evita la contaminación cultural.
Mark Buchanan.....39
4. La caída.
Nathan Conrad.....51

SEGUNDA PARTE:
REPARACIONES NECESARIAS

5. Entona el motor.
Francis Chan.....65
6. Afina tu sexto sentido.
Bill Hybels.....75
7. Lee la Biblia espiritualmente.
Eugene Peterson.....85
8. Domina la turbulencia.
Steve May.....91

TERCERA PARTE:
PROBLEMAS Y DESVÍOS

9. Cosas que pasan.
Tullian Tchividjian.....103
10. El arte de manejar conflictos.
Gordon MacDonald.....117
11. Las malas situaciones son grandes oportunidades.
Mark Buchanan.....127

CUARTA PARTE:
VIAJA SIN MUCHA CARGA

12. A un ritmo constante.
Ruth Haley Barton.....139
13. La imperiosa necesidad de descansar.
Gordon MacDonald.....147
14. Esfuérzate por la simplicidad.
Mark Buchanan.....157

QUINTA PARTE:
VISIÓN PERIFÉRICA

15. Asesora a otros en aras de su madurez espiritual.
Gordon MacDonald.....175
16. Cede tu derecho.
Skye Jethani.....187
17. La primera regla del camino: el amor.
Mark Labberton.....201
18. Ve con vista de médico.
Donald Sunukjian.....207

Notas.....217

INTRODUCCIÓN

«Trazas el camino delante de mí y me dices dónde parar y descansar».
—Salmos 139:3, TLB

Se trata de la línea resaltada en azul.

Los mapas de papel que las antiguas generaciones acostumbraban doblar, arrugar, garabatear, reparar con cinta adhesiva y extenderlos sobre mesas de cocina, bancos de picnic y en el asiento delantero de los autos, camionetas y camiones han desaparecido casi por completo.

Ahora todo es digital.

Los nuevos mapas son representaciones brillantes, intuitivas, actualizadas y de alta definición que brillan en las pantallas de teléfonos inteligentes, tabletas, computadoras portátiles y elegantes unidades de dispositivos de posicionamiento global, mejor conocidos como GPS. Estos son mapas que no se rasgan a lo largo de los pliegues, ni se acuñan en los asientos del automóvil ni absorben el café que se derrama. No tienes que rebuscarlos en la guantera del auto para encontrarlos y no se necesita un título de ingeniería para volver a doblarlos. Simplemente escribes en tu dispositivo dónde estás, a dónde quieres ir y… ***voilà***. Ahí está. La dulce certeza de lo que querías saber.

La línea resaltada en azul.

Esa zafirina línea calmante, reconfortante e inconfundible que cubre tu curso, iluminando tu camino, dirigiéndote audazmente del punto A al punto B por la mejor ruta.

Ahhhh… si tuviéramos una línea así en nuestra vida.

¿No sería algo maravilloso? Escribes el lugar donde estás en el momento, escribes «Cielo» como tu destino final y presionas el botón. Y allí, ante tus ojos, está el trayecto del resto de tu vida, desde ahora hasta que cruces el umbral de la gloria.

Sin embargo, así no funciona la cosa, ¿lo crees? Es bueno y reconfortante tener un punto A y un punto B en nuestras vidas, pero ¿dónde está la línea que marca nuestra ruta? ¿Con qué te encontrarás al girar en la curva? ¿Dónde están las intersecciones? ¿Cuál es el kilometraje? ¿Será una autopista de ocho carriles o una sinuosa carretera rural con unos cuantos puentes descalabrados? ¿Cuánto tiempo tardará? ¿Dónde están las salidas, las vistas, los caminos panorámicos y las paradas de descanso?

Podemos preguntar todos los detalles que queramos pero, en realidad, eso no ayudará. Nadie sabe la ruta precisa que cada uno de nosotros tomará para llegar al otro lado. Puede haber un destino claro —y gracias a Dios por eso—, pero no hay una línea resaltada en azul que marque el curso de aquí hasta allá.

Unas veces eso es bueno, otras no. Podríamos incluso identificarnos con Tomás que, presa del dolor y el miedo, expresó: «Señor, no sabemos a dónde vas, ***así que ¿cómo podemos conocer el camino?***» (Juan 14:5).

Jesús, por supuesto, le dijo a su ansioso amigo: «Yo soy el camino».

¡Y lo es! Pero no nos muestra —a ninguno de nosotros— una ruta resaltada. Eso sigue siendo una propuesta día a día, hora a hora, momento a momento. Como lo señaló Salomón: «La mente del hombre planea su camino, pero el Señor dirige sus pasos» (Proverbios 16:9, NBLH).

Sin embargo, podemos hacer esto: ***Asegurarnos de estar preparados para la travesía, cualquiera sea la ruta***. De eso es que trata todo este libro. No es un atlas de camino, parece más un cuaderno de bitácora o un diario de viajes, con ideas útiles para navegar en la vida. No, no es exactamente como la película

La Europa de Rick Steves, pero aquí tenemos a doce viajeros sabios, experimentados y afables que brindan consejos bíblicos y reflexivos para nuestros problemas, soluciones para los obstáculos comunes y un estímulo acogedor para la carretera que tienes ante ti.

Sí, nos guste o no, todos estamos en el mismo viaje.

Sin embargo, no todos viajamos con paz y perspectiva.

Con un poco de ayuda de estos amigos, tal vez podamos hacerlo.

PRIMERA PARTE

LISTO PARA VIAJAR

Si tu bicicleta de carbono de alta tecnología para carretera se atasca con la cadena de velocidades, dándote ocho en vez de las veinticuatro previstas, no es momento de lanzarte a ochenta kilómetros por hora en un circuito montañoso.

Si vas a iniciar un viaje de costa a costa por carretera en tu Oldsmobile de los años noventa —que ha visto mejores días— y ves una luz en el tablero que te advierte que debes «revisar el motor» cuando sales del estacionamiento, será mejor que pienses de nuevo en tus planes.

Una vez Dios lanzó un desafío similar al profeta Jeremías, diciendo: «Si te cansa competir contra simples hombres, ¿cómo podrás correr contra caballos? Si tropiezas y caes en campo abierto, ¿qué harás en los matorrales cerca del Jordán?» (Jeremías 12:5, NTV).

En otras palabras, es mejor que te asegures de que estás listo para el viaje que vas a hacer, porque puedes tener algunos tramos difíciles a la vuelta de la esquina. Sea cual sea tu modo de viaje, harías bien en asegurarte de que estés en condiciones de circular y estés listo para un largo viaje.

En esta sección, Gordon MacDonald, Bill Hybels, Mark Buchanan y Nathan Conrad nos ayudan a reflexionar sobre algunos temas fundamentales que nos prepararán para la siguiente fase de nuestra travesía.

1

NECESIDAD DE UNA AUTOEVALUACIÓN SINCERA

Cada semana, reúnete con Dios para que le rindas cuentas

GORDON MACDONALD

En 1801, William Wilberforce, miembro del Parlamento inglés y líder de las fuerzas antiesclavistas en el Imperio Británico, pasó por una grave crisis espiritual. ¿El problema central? La ambición política. Si hubiera manejado mal la experiencia, es probable que la historia de la Inglaterra del siglo XIX hubiera sido bastante diferente.

La lucha de Wilberforce comenzó cuando una elección general produjo un nuevo primer ministro, Henry Addington. La burla en las calles era que Wilberforce estaba en la lista A de posibles miembros del gabinete de Addington. El biógrafo Garth Lean escribe que Wilberforce fue absorbido por la especulación y, durante un tiempo, no se le ocurrió nada más. Más tarde, al contar esos días, Wilberforce se describió a sí mismo como «intoxicado (con) asaltos de ambición».[1]

Muchos de los que hemos experimentado los privilegios del liderazgo comprendemos bien esos «asaltos», uno de los cuales

es la ambición. Puedes poner el abuso de poder en una «lista de asaltos» junto con el enojo, la competitividad, los problemas de integridad y la tentación moral. Y eso es solo el comienzo. Cuando nos enamoramos de una fantasía o asumimos una actitud feroz con alguien o algo, esa mentalidad es difícil de cambiar. Casi nunca cambia por sí misma.

Para Wilberforce, la gran seducción fue la ambición. Muchos de nosotros sabemos lo que es sentirse hipnotizado por el atractivo de algo más grande, más influyente. Usualmente eso es seguido por la tentación de manipular personas y procesos para captar lo que el ego desea. Fue un domingo cuando Wilberforce por fin confrontó su ambición. Al final de un día de adoración y soledad, Wilberforce escribió: «Bendito sea Dios por el día de descanso y ocupación religiosa donde las cosas terrenales asumen su verdadero tamaño. La ambición es atrofiada». La crisis fue abordada.

En este breve comentario, William Wilberforce hace referencia a uno de los grandes secretos de su propia vida: su compromiso con los retiros semanales de la lucha salvaje de la vida pública para poder participar en el culto, la conexión con un pequeño círculo de amigos cercanos y la reflexión serena.

Es la tercera de estas actividades —la reflexión— lo que más me fascina de Wilberforce. La reflexión es un diálogo interno; una conversación que uno genera con Dios y consigo mismo. Durante la conversación interna, se suspende tu participación con otras personas. Hay un tiempo para amar, servir, cuidar a otras personas. Pero el tiempo de conversación interna es personal y privado.

PARTICIPA EN TU DIÁLOGO INTERNO

Aislarse para implementar un diálogo o conversación interna es similar a lo primero que informan los asistentes de vuelo cuando les dicen a los pasajeros de un avión que si aparecen las máscaras de oxígeno, deben ponerse las suyas antes de ayudar a los demás.

Lo cual es absurdo, sobre todo para las madres, pero es completamente lógico.

El escritor Anthony Bloom describió a su padre como un hombre que conocía bien esa clase de conversaciones. Cuando sentía la necesidad de trabajar con su alma, a veces pegaba un aviso en la puerta de su casa: «No te molestes en llamar. Estoy en casa, pero no abriré la puerta».[2] Cosa que no es fácil para aquellos que queremos agradar a la gente. En cuanto a eso de que toquen a la puerta de nuestra casa, somos unos tontos.

Hay cierta sensación de que existe una conversación interna en los Salmos cuando el escritor cuestiona su ser en lo más profundo: «¿Por qué te abates, oh alma mía…?» (Salmos 43:5). O cuando el escritor invita a Dios a que lo atienda: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón» (Salmos 139:23).

A veces, la conversación interna se origina con Dios. Lo ves en las palabras que emplea para advertirle a Caín: «¿Por qué estás tan enojado? ¿Por qué andas cabizbajo?» (Génesis 4:6). Lo notas en la pregunta que Dios hace cuando Elías huye al desierto con temor a Jezabel: «¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:13). Luego cuando dice: «Disminuye la velocidad, duerme, come, bebe. Y luego dime otra vez cómo llegaste aquí». Lo que sigue es una fascinante conversación interna en la cual se repara la perspectiva inexacta que Elías tenía de las cosas. Pablo probablemente se está refiriendo a una conversación interna cuando habla de su «aguijón en la carne» y su frustración con ello. «Tres veces le rogué al Señor que me la quitara» (2 Corintios 12:8). Pero Dios no lo hizo.

Durante sus muchos años como servidor público, Wilberforce rara vez descuidó su compromiso con esa conversación interna el día de reposo. Y los domingos, en particular, cuando lidiaba con su ambición, demostraba por qué esa disciplina con el calendario era tan importante. Si hubiera usado el día para otros fines, no se sabría qué tan mal pudo haber ido su vida.

Wilberforce no solo reservaba los domingos para su diálogo interno, sino que usualmente iniciaba sus días laborales de una

manera similar aunque más breve. A veces digo que eso que hacía en esas mañanas era presionar el botón de reinicio espiritual. Una vez, Wilberforce dijo de estas ocasiones: «En la tranquilidad de la mañana antes de que la mente se canse y agote por la agitación del día, hay un tiempo de inusual importancia para comunicarte con Dios y contigo mismo».

Garth Lean comenta que en la «batalla cotidiana eran, cada vez más, esas primeras horas de la mañana… y sus tranquilos domingos lo que le daban (a Wilberforce) la fuerza y perspectiva de sí mismo y del mundo».

Ese profundo hábito de Wilberforce me ha marcado enormemente a lo largo de los años. Ha influenciado mi propio compromiso con los «días de reposo» temprano en la mañana y las conversaciones internas, las que de otro modo podría ignorar.

POR QUÉ RELEGAMOS ESTA CONVERSACIÓN

En mis años más jóvenes como pastor, estaba muy cargado de demasiada energía y excesivas ideas como para creer realmente que era útil apartar un tiempo para una conversación interior tranquila. Leer el periódico, atender las citas durante el desayuno, realizar el trabajo, parecía mucho más atractivo. Fue solo cuando la evidencia comenzó a acumularse —fatiga, frustración, malas decisiones, sabiduría errónea—, que recibí el mensaje. Mis prioridades no estaban alineadas.

En mis años posteriores de servicio cristiano, he tenido el privilegio de hablar y enseñar a pastores de casi todas las denominaciones. Por lo general, no me piden que hable sobre administración, crecimiento de la iglesia o predicación. Al contrario, a menudo me piden que hable sobre el aspecto personal de la vida del cristiano, en el que se producen las batallas interiores (como las de Wilberforce). Central en mi presentación: el lugar de la conversación interna y la pregunta: «¿Cómo es la tuya?»

¿QUERÍA DIOS REALMENTE QUE LOS CRISTIANOS SE SINTIERAN ASÍ?

En esas conferencias, en encuentros tranquilos con hombres y mujeres en posiciones de liderazgo, escucho varios temas recurrentes, muchos de ellos alarmantes: «Estoy agotado… Me he quedado sin ideas… No sé cuánto tiempo más podré seguir haciendo esto… Parece que todos tienen una parte de mí y no me queda nada… Me encuentro huyendo de las personas… Mi familia es miserable… La pornografía (o fantasía sexual) es un problema… Estoy terriblemente decepcionado de mí… Dios parece estar a un millón de kilómetros de distancia… Ya no es muy divertido». Las mismas quejas también provienen de algunos cristianos que son más activos en la iglesia.

Un día, cuando estaba en un centro de conferencias de Nueva Inglaterra hablando de las formas en que ordenamos nuestro mundo privado, encontré un viejo libro que describe la historia de los bautistas de Nueva Inglaterra. En ella había una carta escrita en 1932, por un pastor frustrado, al ministerio ejecutivo de su área: «He estado en mi pastorado actual siete años. Necesito un cambio. Mi gente quiere que me vaya, aunque todavía no me han llamado para decírmelo. Muy pronto puede que lleguen a ser así de directos. La asistencia ha bajado; las ofrendas son pocas. Estoy dispuesto a ser candidato en cualquier lugar. Solo denme la oportunidad».

Ese hombre piensa que la respuesta a sus problemas es un nuevo comienzo, quizás un hogar más agradable para su familia, una directiva de ancianos o diáconos que sean más amables con él.

Cuando leo una carta como esa o tengo el tipo de conversaciones que acabo de describir, me pregunto: ¿Quería Dios realmente que las personas espirituales se sintieran así? Sé que el sufrimiento a menudo es parte del llamado al ministerio, pero ¿es así como se supone que terminan las cosas para tantos? ¿O estas descripciones son el resultado de descuidar la conversación interna?

Henri Nouwen admitió una perturbación similar cuando escribió: «¿Qué impide que (los líderes) se vuelvan aburridos, taciturnos, tibios burócratas, personas que tienen muchos proyectos, planes y citas, pero que han perdido el ánimo en algún momento en medio de sus actividades?»[3]

Es cierto que puedo ser el viejo —al igual que Nouwen en este sentido— que se preocupa demasiado. Quizás asumo erróneamente que la mayoría de las personas caerán en algunas de las trampas en las que ocasionalmente caí. Pero mi preocupación aumenta cuando veo a demasiados que no han tenido en cuenta la necesidad indispensable de una serena dimensión temporal en la que pueda tener lugar la conversación interna; con Dios y, sí, con ellos mismos. Al carecer de esto, carecen de resiliencia, sostenibilidad, capacidad de crecer (o de profundizar) continuamente y proporcionar liderazgo espiritual durante los años que Dios nos da.

«La batalla se gana primero en los lugares secretos de nuestra voluntad delante de Dios, nunca en el mundo exterior», escribió Oswald Chambers. «Nada tiene poder sobre [la persona] que luchó la batalla delante de Dios y ganó allí».[4]

Esto, por supuesto, es lo que William Wilberforce estaba experimentando esos domingos: una conversación interna en los lugares secretos.

Entre mis preguntas más frecuentes a líderes masculinos y femeninos que luchan contra el malestar espiritual, está: «¿Cómo luce una semana ideal para ti? Descríbeme las actividades prioritarias que ocupan tu semana». Por lo general, escucho una lista de actividades directivas con las que todos estamos familiarizados: reuniones de personal, estudio de sermones, consultas con líderes de iglesias, seminarios de capacitación, reuniones presupuestarias, citas para consejería, funciones de planificación a largo plazo. A veces hay comentarios sobre el ejercicio físico (eso es bueno) y funciones familiares (eso es aún «mejor»). Pero, ¿qué es lo que falta demasiado a menudo? Cualquier alusión a un tiempo de reposo personal: esos momentos para actividades que agrandan y limpian el alma, momentos para la conversación interna.

A veces me preguntan: «¿Qué haces en el tiempo del día de reposo?» Sospecho que debo decepcionar cuando evado la pregunta formulada. Descarté los trucos hace mucho tiempo. No me funcionaron. Lo que se volvió más importante fueron los resultados. ¿Qué hago? Simple: lo que sea necesario para tener un renovado sentido de conversión a Cristo, una conciencia más profunda del camino bíblico, una garantía de que la gracia y el poder de Dios permanecen conmigo.

Cuando pregunto a muchos cristianos si hay tiempo en sus calendarios para la búsqueda de dichos resultados, obtengo este tipo de respuestas:

- Estoy demasiado ocupado.
- No tengo la menor idea de qué haría si tomara ese tiempo.
- Mi mente está demasiado llena de pensamientos; no puedo concentrarme.
- Soy extrovertido. Estar solo, estar callado, reflexionar no es lo mío.
- No obtengo ningún resultado inmediato al hacerlo.
- Es aburrido.

A veces me imagino a Moisés sentado ante una conversación oyendo decir cosas como estas. Él erigió una tienda llamada la «Tienda de reunión» al borde del campamento, donde los israelitas se quedaban mientras Moisés conferenciaba con Dios en la montaña. Cuando Moisés iba a esa tienda, se nos dice que «hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo» (Éxodo 33:11). Eso me suena a un lenguaje de conversación interna.

Aunque el Dios de la Biblia es grande, misterioso y no puede describirse en términos humanos, aquí hay una descripción excepcional de la conversación entre Moisés y el Dios de Israel. Se atreve a describir a Dios en un lenguaje humano íntimo. Pero el propósito del escritor no es hacer que Dios parezca uno de nosotros; es para expresar la manera de conversación interna en la que Moisés podía recalibrar su vida.

Me parece interesante que la historia de la tienda de Moisés sea precedida por la devastadora experiencia de encontrar a su gente bailando alrededor de un becerro de oro, una reversión al paganismo egipcio. Sorprendido por el comportamiento de ellos, perdió la cabeza. Sospecho que quería renunciar, alejarse. Pero basado en la forma en que el escritor alineó estas historias, creo que se nos dice que en esa tienda, Moisés pudo decir lo que pensaba, preguntar sobre cosas que necesitaba saber y escuchar a Dios renovar su misión y su valentía.

Moisés tenía su tienda (un cierto espacio) y Wilberforce tenía sus días de reposo (un cierto tiempo). Y, como resultado, ambos hombres renovaron sus fuerzas. Ejemplifican el pensamiento de Pablo ante los corintios cuando escribió —y uso aquí el genio de Eugenio Peterson para parafrasearlo—: «Pruébense para asegurarse de que están firmes en la fe. No vayan a la deriva suponiendo que todo está bien. Háganse chequeos periódicos» (2 Corintios 13:5).

He encontrado que la mejor manera de mejorar ese chequeo, esa conversación interna, es a través de preguntas. Estas son la extensión de la propia curiosidad y funcionan maravillosamente cuando uno examina su propia alma en presencia del Señor.

PREGUNTAS QUE DEBES USAR EN LA CONVERSACIÓN INTERNA

Las preguntas que más me gustan examinan el corazón de uno igual que el salmista menciona cuando escribe: «¡Examíname!» Están destinadas a probar el espacio interior de la vida de uno y provocar una conversación que conduzca a la luz.

La conversación interna comienza, para mí, recordando el tiempo transcurrido desde la última vez que la practiqué y revisando los acontecimientos que han ocurrido. ¿Hay algún significado en alguno de esos sucesos? ¿Hay lecciones que aprender, sabiduría que extraer?

Mi propia teoría es que ese mismo evento, cada transacción humana en la vida, brinda una percepción. Pero a menudo está enterrada como el oro o el petróleo. Tiene que ser descubierta. Tal vez es por eso que las personas ocupadas son impresionantes, pero a menudo superficiales. No tienen tiempo para extraer el oro y perforar el petróleo.

Aquí hay muchos más «iniciadores de conversación interna» de los que necesitas, pero estas son algunas de las preguntas que, para mí, comienzan a excavar el oro oculto:

- ¿Cuáles han sido los hermosos momentos en los que Dios pudo haberse estado revelándoseme? ¿Y cuáles han sido los malos momentos en que se reveló lo peor en mí o en el mundo en general?
- ¿Qué sucedió esta semana que debe ser recordado, tal vez registrado en un diario para poder regresar a él en el futuro y recordar la bendición (o la reprimenda) de Dios?
- ¿Cuáles han sido mis sentimientos predominantes (y cuáles son en este momento)? ¿Ha predominado la tristeza, el miedo, la ira, el vacío? ¿O ha sido un tiempo en que la alegría y el entusiasmo han sido el estado de ánimo dominante?
- ¿Cuáles han sido las bendiciones, esos actos de gracia que han llegado a través de otros o, tal como lo percibo, directamente de Dios mismo? ¿Puedo expresar elogios y aprecio (a veces incluso escritos en una nota de agradecimiento o un diario)?
- ¿Han sucedido cosas por las cuales debo aceptar la responsabilidad, tal vez conduciéndome al arrepentimiento? ¿Por qué sucedieron? ¿Fueron evitables y cómo pueden prevenirse en el futuro?
- ¿Qué pensamientos han estado dominando mi tiempo de pensar? ¿Pensamientos nobles? ¿Pensamientos escapistas que me alejan de cuestiones más importantes

o desafiantes? ¿Pensamientos superficiales que conducen a ninguna parte?

- ¿Existe la posibilidad de que esté viviendo en negación respecto de ciertas realidades (por ejemplo, críticas dolorosas, trabajos descuidados, patrones habituales) que me están perjudicando a mí y a otros?
- ¿Hay resentimientos o malos sentimientos hacia otros que permanecen sin ser abordados, sin perdón?
- Visualizándome en compañía de mi cónyuge, hijos, amigos, colegas: ¿soy una persona con la que es agradable estar? ¿Las personas son desafiadas, elevadas, entusiasmadas cuando entro a la sala? Como alguien ha observado: «Algunas personas traen alegría a donde sea que llegan; otras traen alegría cuando se van». ¿Cuál de ellas soy?
- ¿Qué está tratando de decirme Dios hoy? ¿A través de las Escrituras? ¿A través de otras lecturas? ¿Qué ha estado diciendo a través de aquellos en mi círculo interno de relaciones? ¿A través de los críticos? ¿Qué ideas se arremolinan y salen de las partes más profundas de mi alma? ¿Cuál de ellas debe ser repudiada y cuál necesita ser cultivada?
- ¿Cuáles son las posibilidades en las próximas horas? ¿Dónde podría haber emboscadas que desafiarían el carácter, la reputación y el bienestar?
- ¿Qué cosas puedo hacer y decir que harían que las personas en mi círculo íntimo se sientan más amadas y apreciadas?
- ¿Soy consciente de los que son socialmente torpes, los pobres, los que sufren, los oprimidos en mi mundo cercano y en el mundo en general? ¿Estoy en sintonía con los acontecimientos actuales apropiados en el mundo y percibiéndolos a través del lente de la perspectiva bíblica?

- ¿Qué pasos específicos daré hoy para mejorar mi crecimiento como seguidor de Jesús?

Me gustaría hacer una pregunta más como parte de mi conversación personal interna. ¿Qué pasa si hoy es el día en que me encuentre cara a cara con Jesús… ya sea porque Él regrese o porque me llame inesperadamente a su presencia? Para una gente que dice que creemos en la vida eterna, esta es una pregunta muy importante que no debe evitarse.

No sé si William Wilberforce se acercó a sus silenciosas horas de reposo con este tipo de cuestiones. Tal vez tenía una manera diferente, mejor. Lo que sí sé es que en 1801, cuando llegó a un punto de inflexión potencial en su vida, la costumbre que tenía con las conversaciones internas lo ayudó a evitar un terrible error. La ambición fue «inmovilizada».

Pascal, el filósofo e inventor francés, escribió en su ***Pensees***: «Toda la infelicidad de los hombres se debe a un solo hecho, que no pueden quedarse quietos en su propio aposento». Estoy seguro de que lo estoy sacando un poco de contexto, pero estas palabras se ajustan al punto que estoy tratando de hacer. Las personas que no se toman el tiempo, que no sienten la necesidad, que no creen que sean capaces de mantener una conversación interna se ponen en un enorme peligro. El que no conoce a la persona interna, se expone a un posible desastre.

Durante muchos años William Wilberforce disfrutó de una amistad con John Newton, antiguo comerciante de esclavos y más tarde siervo de Dios. Wilberforce era el político, Newton el pastor. Lo que tenían en común era su fe y su creencia de que el poder espiritual se derivaba, primeramente, de las tranquilas actividades conversacionales internas que el hombre tenía con Dios (para citar a Pascal) en su propia y privada recámara.

Newton tenía sus propias ideas sobre cómo era una conversación interna. En la biografía de Newton, que escribió Jonathan Aitken, se describe cómo Newton redujo el núcleo de su vida

espiritual a cinco principios que creía que lo guiarían en su liderazgo con las personas y su caminar con Dios. Él determinó…

- iniciar y terminar cada día con Dios;
- leer detenidamente las Escrituras con una diligencia y atención adecuadas a la dignidad del tema;
- pasar el día de reposo completamente con el Señor;
- elegir para mis compañeros solo buenas personas de las que pueda derivar alguna mejora; y
- convertirme en todo para todos los hombres a fin de poder salvar a algunos.[5]

Eso da buenos resultados.